MISS AUSTEN

GILL HORNBY

Miss Austen

© Gill Hornby 2020

First published in the United Kingdom by Century in 2020
First published in the United States by Flatiron Books in 2020

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Chloe Giordano
Ajustes de cubierta: Rasgo Audaz
Maquetación: Rasgo Audaz
Imagen de la cubierta: ©Chloe Giordano (bordado y foto del bordado)
Mapa del interior: © Darren Bennet (www.dkbcreative.com)

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-19386-09-0
Depósito legal: M-0000000000000000-2023

Impreso en España – Printed in Spain

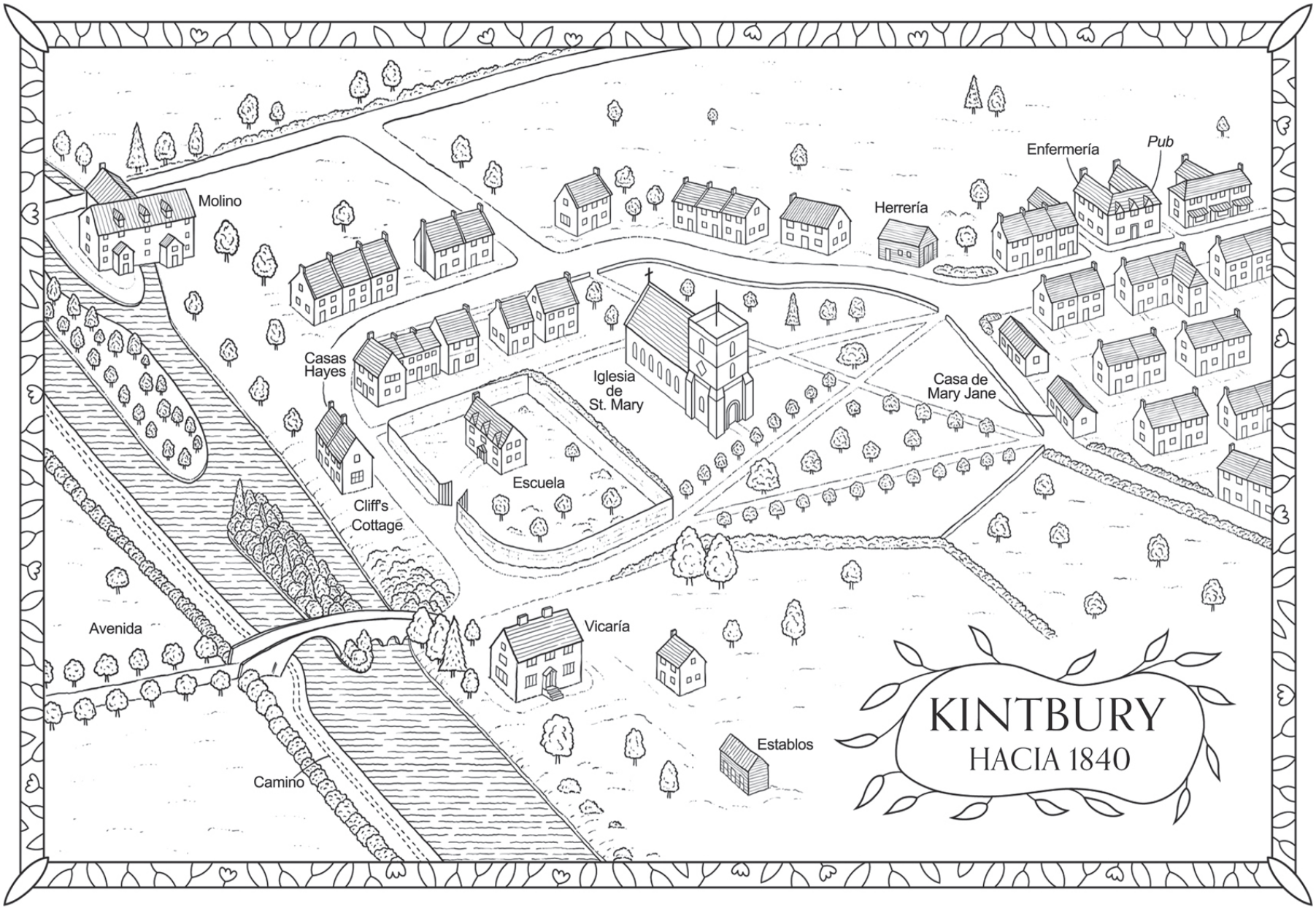
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

MISS AUSTEN

GILL HORNBY

Libros de seda

Para Holly y Matilda.


Molino
Herrería
Enfermería
Pub
Casas
Hayes
Iglesia
de
St. Mary
Casa de
Mary Jane
Escuela
Cliff's
Cottage
Avenida
Vicaría
Establos
Camino
KINTBURY
HACIA 1840

LAS FAMILIAS



Los Austen

El reverendo George Austen, rector de Steventon, y su esposa, la señora Cassandra Austen tuvieron ocho hijos, aunque uno de ellos, de nombre George, como su padre, era discapacitado y no vivía en la casa familiar. En cuanto al resto:

James sucedió a su padre como rector de Steventon. Tras la muerte de su primera esposa se casó con Mary Lloyd. Tuvo tres hijos, Anna, James-Edward y Caroline.

Edward fue adoptado en su juventud por parientes adinerados y fue terrateniente toda su vida. Se casó con Elizabeth y tuvieron once hijos. Su hija mayor, Fanny, fue la sobrina favorita de sus hermanas Cassandra y Jane.

Henry primero fue militar, después banquero y finalmente clérigo. Era el más inteligente y el de mayor formación de todos los hermanos, ayudó a Jane a encontrar editor y actuó como su agente.

Cassandra se comprometió con John Fowle; al final de su vida fue albacea de la herencia literaria y personal de su hermana.

Francis, conocido con Frank, se enroló en la marina, llegó a almirante y fue nombrado caballero de la Corona. Tras la muerte de su primera esposa, que dejó once hijos, se casó con Martha Lloyd.

Jane escribió seis novelas completas, de las que dos se publicaron de forma póstuma. Murió en julio de 1817.

Charles también fue marino.

Los Fowle

El reverendo Thomas Fowle, vicario de Kintbury, y su esposa, la señora Jane Fowle, tuvieron cuatro hijos:

Fulwar Craven, que sucedió a su padre como vicario de Kintbury y se casó con Eliza Lloyd. Tuvieron tres hijos y tres hijas, Mary-Jane, Elizabeth e Isabella.

Tom se comprometió con Cassandra.

William fue médico militar y Charles abogado. Los dos murieron jóvenes.

Los Lloyd

Eliza fue la esposa de Fulwar Craven Fowle.

Martha fue amiga íntima de Cassandra y Jane Austen. Más adelante se casó con Frank Austen.

Mary fue la esposa de James Austen.

Los hombres tienen toda la ventaja sobre nosotras a la hora de contar su propia historia... siempre han tenido la pluma en sus manos.

—Jane Austen, *Persuasión*

«EMPRENDAMOS ESE CAMINO»



CERRÓ TRAS de sí la puerta del jardín y señaló hacia Elm Walk. Se apretó el chal y aspiró una profunda bocanada de aire limpio y renovado. Corría el año 1795 y el día parecía asumir el hecho de que era el primero de esa primavera. Los pájaros del frondoso roble cantaban su alivio. Las ramas exudaban una humedad fragante, pegajosa y nueva. Ascendieron juntos la pequeña cuesta que salía de la parte de atrás de la rectoría hasta el hueco del seto y allí, ya fuera del alcance de las miradas de la familia de ella, él se detuvo y la tomó de la mano.

—Amor mío —empezó Tom. Cassy sonrió: ¡ahí estaba, por fin! Llevaba esperando mucho tiempo ese momento—. Oh... —Se detuvo, de repente se sentía tímido—. Me da la impresión de que sabes lo que voy a decirte...

—¿Eso crees? —Lo miró con cara animosa—. Bueno, pues me encantaría oírtelo decir, sea lo que fuere. Por favor, continúa.

Y habló. No fue una declaración pulcra y preparada, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que le había llevado planificarla. Además, dudó respecto de ciertas fechas y lugares... la amaba desde..., bien, la verdad es que no recordaba el

momento exacto... Era la única mujer con la que concebía una vida en común... es decir, compartirla... o sea... Y así varias veces, pero en cualquier caso, a ella le encantó. Fue un ejemplo perfecto de ese carácter suyo que tanto le gustaba y quería, y un momento tan maravilloso, y normal, como debía ser. Cuando, en un determinado momento, parecía que todas las palabras, incluidas las inadecuadas, le estaban empezando a fallar, decidió ahorrarle la lucha y el sufrimiento. Se besaron, y todo el cuerpo le pareció que se le consumía en... ¿en qué exactamente? Sí, claro, satisfacción, eso fue. Era su destino. Era su vida, su destino. Todo estaba en su sitio.

Caminaron durante un rato, ella colgada de su brazo, y hablaron sobre los términos del compromiso. De hecho, solo les interesaba uno de ellos: uno que sería dilatado en el tiempo. Y esas temidas palabras, «doscientas cincuenta libras», y «al año», tenían que mencionarse sin remedio. ¡Cuánto les cansaban a los dos! Pero tenían que pronunciarse. Él le pidió paciencia; ella se la prometió sin siquiera pensarlo. Cassy solo tenía veintidós años, y muchos todavía por delante con los que jugar. Y de todos era sabido que la paciencia era una de sus muchas virtudes. Regresaron a la casa para compartir la buena nueva.

Fue recibida con el exuberante alborozo que habían deseado, pero sin ninguna sorpresa, ni real ni fingida. Porque el compromiso entre la señorita Cassandra Austen de Steventon y el joven reverendo Tom Fowle de Kintbury estaba asumido como algo ya público y notorio mucho antes de que la pareja lo estableciera en privado. Después de todo, era el enlace perfecto, uno de esos que caen bien a casi todo el mundo. Así que tenía que ser su futuro, el perfecto principio del final feliz.

El universo, muchos años antes, había asumido por ellos ese destino.

CAPÍTULO 1



Kintbury, marzo de 1840

—SEÑORITA AUSTEN. —La voz venía de detrás de ella—. Perdóneme. —Se volvió—. No sabía que estaba usted ahí.

Cassandra sonrió cortésmente pero se quedó donde estaba, justo a la entrada de la vicaría. Le hubiera gustado ser más efusiva, y de hecho estaba sintiendo unos estímulos distantes y familiares de efusividad dentro de sí, en alguna parte; pero ahora estaba demasiado cansada como para moverse, eso era todo. Sus viejos y cansados huesos habían sufrido el incesante zarandeo del viaje en coche de caballos desde su casa en Chawton, y aquel viento frío que venía del río le provocaba pinchazos en las articulaciones. Se quedó de pie junto a las maletas y vio acercarse a Isabella.

—Tengo que subir a la sacristía —informó Isabella según llegaba desde el jardín de la iglesia. La suya le había parecido siempre una figura anodina, y en ese momento vestía de negro, por supuesto, un color no color que le sentaba fatal, claro está.

—Todavía hay obligaciones que cumplir... —Se movía como una sombra que se recortase sobre un fondo verde salpicado de prímulas—. Muchas tareas que llevar a cabo. —Lo único que llamaba la atención al verla era el sabueso que estaba a su lado. Y aunque el tono era de disculpa, lo cierto es que no se daba la más mínima prisa. Hasta *Príamo,* que ahora avanzaba lentamente arrastrando las patas por la grava, era la viva imagen de la parsimonia.

Cassandra sospechó que no era bienvenida, y si así fuera, la culpa era solamente suya. Una mujer sola nunca debería tenerse por útil, no en demasía. Hacerlo era de mala educación. Había acudido sin que la hubieran invitado. Isabella tenía dificultades, algo un tanto extraño, pero comprensible. Pero, al menos, habría esperado un poco más de entusiasmo, aunque solo fuera por parte del perro.

—Querida, ha sido muy amable de tu parte el que me hayas permitido venir a visitarte. —Abrazó a la mujer, ejemplo de frialdad cortés, y le hizo una breve caricia a *Príamo*, aunque ella prefería con mucho a los gatos.

—¿Pero es que no te ha acompañado nadie? ¿No has llamado?

Por supuesto que Cassandra había llamado. Había llegado en el coche de línea, como siempre lleno de comerciantes, y todo el mundo la había visto. El cochero había llamado varias veces. Había visto a un montón de gente: a muchos trabajadores que venían de los campos de labor y a un grupo de chavales con las rodillas mojadas que llevaban un tritón en un balde. Le hubiera encantado hablar con ellos, pues le gustaban mucho los tritones, y más aún los chicos que mostraban tantas ganas y tanta pasión por descubrir cosas nuevas, pero ellos no parecieron reparar en ella. Y la casa había permanecido en silencio, así que esa criada tan problemática... ¿Cómo se llamaba? Su memoria,

siempre prodigiosa, le estaba empezando a fallar, aunque solo en las zonas límite. En fin, la criada tenía que saber perfectamente que estaba allí.

—He venido en mal momento.—Cassandra alzó las manos y la miró a los ojos—. ¡Oh, Isabella!, ¿cómo estás?

—Ha sido difícil, Cassandra. —A la mujer se le enrojecieron los ojos—. La verdad es que muy difícil. —Aunque le costó, se recompuso—. Pero, en cualquier caso, ¿qué te parece ahora este viejo lugar? ¿Has dado una vuelta para verlo?

—Esta igual que ha estado siempre. Querido, queridísimo Kintbury...

Durante cuarenta y cinco años la vicaría había sido un punto de referencia, tan familiar, a veces triste y siempre querido, en su vida. Se trataba de un edificio blanco de tres plantas, con una agradable fachada hacia el este, que miraba al antiguo pueblo, un jardín que bajaba ondulante hasta la orilla del Kennet y, al otro lado, elevada y elegante, estaba a la achaparrada iglesia normanda. Era testimonio de todo lo que valoraba en la vida: familia y misión, es decir, lo bueno, sencillo y honesto de la vida. Este tipo de arquitectura le gustaba más que las grandes y espectaculares construcciones, como Godmersham, Stoneleigh, e incluso Pemberley. Y dicho esto, estaba deseando entrar, sentarse en una silla frente al fuego, entrar en calor...

—¿Podemos...?

—¡Pues claro! ¿Dónde está todo el mundo? Deja que lleve eso. —Isabella hizo intención de tomar la pequeña maleta negra que llevaba Cassandra.

—No hace falta, gracias. La puedo llevar yo —dijo la anciana—. Pero el baúl...

—¿Un baúl? Ah... —Aunque Isabella siguió con la cara pálida e inexpresiva, le brillaron los ojos, era una mujer inteligente—.

No me he fijado, culpa mía. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. —Alzó una ceja—. Tu carta llegó ayer... qué raro, ¿no?

No, no era raro ni mucho menos, sino que lo había hecho a propósito. Ella nunca se había presentado sin avisar con tiempo suficiente en ningún sitio, era una descortesía, pero en esta ocasión no había tenido otra alternativa, faltaría más. Así que se limitó a sonreír con gesto vago.

Al no recibir explicación alguna, Isabella siguió a la carga.

—No sé qué planes tienes, querida. ¿Pasarás... mucho tiempo con nosotros?

El disgusto de aquella mujer por su llegada no era del todo patente. Detrás de esa fachada tranquila y educada quizá se escondiera un carácter más fuerte que apenas salía a la luz, y que nunca había visto salir a la luz. En todo caso, pensaba quedarse allí todo el tiempo que fuese necesario. Estaba dispuesta a hacerlo hasta completar el trabajo que tenía pendiente. Musitó algo acerca de ir a visitar a un sobrino, fingiendo una falsa indecisión sobrevenida debido a su avanzada edad.

—Fred se encargará de traer tu baúl. Por favor, ven por aquí. —Isabella señaló la puerta, que se abrió desde dentro inmediatamente—. ¡Ah, Dinah, estabas ahí!

¡Eso es, Dinah! Debía recordar el nombre. Seguramente iba a necesitar a Dinah.

—La señorita Austen está con nosotras, por lo que veo...

Dinah inclinó la cabeza de forma casi inapreciable.

—¿Entramos?

La primera vez que cruzó ese umbral era una mujer joven. Por aquel entonces era alta y delgada, y muchos habrían tenido el detalle de

decir que también era guapa. Seguramente se puso su mejor vestido, el azul que tanto gustaba a todo el mundo. Su numerosa familia se había reunido para recibirla, y los sirvientes, también interesados y proclives a la admiración, estaban detrás, por supuesto sin quitarle ojo. Permaneció un rato de pie, sin moverse, sorprendida ante la reacción que provocaba. ¡Qué momento tan fantástico!

Sin poder evitarlo, echó un vistazo al espejo que reflejaba su imagen. Ahora no se podía decir que estuviera delgada. Su columna, en otros tiempos erguida y perpendicular, presentaba algunas curvas, y era algo más corta. La cara, demacrada ahora, hacía que su antaño orgullosa nariz, la nariz de los Leigh, una distante reminiscencia aristocrática, pareciera el pico de un cuervo. Además, todos los que en aquel momento la querían se habían marchado, lo mismo que ella, o casi. Las personas que le estaban recibiendo hoy (la pobre Isabella, la difícil Dinah, Fred, que en esos mismos momentos arrastraba su baúl por el interior de la casa gruñendo, conocían perfectamente todos los datos de su biografía, aunque no la verdad que había detrás de ellos. Porque, ¿quién iba a ver a una mujer mayor, como era ahora, y pensar en la joven que un día fue?

Todos avanzaron por el amplio recibidor forrado de madera. Cassandra los siguió resignada, pero una vez allí se detuvo alarmada. Se acercó al generoso hogar de piedra, se sujetó con las manos y observó horrorizada la escena.

—¡Qué Dios nos asista! —oyó murmurar a Dinah—. Lo que nos faltaba. Como si no tuviéramos bastante con lo que ya soportamos.

—Puede que le dé pena —susurró Isabella—. Después de todo, quizá sea la última vez que vaya a venir por aquí.

A Cassandra ni se le ocurrió reaccionar a los comentarios. Se trataba de una de esas conversaciones que se producían

entre jóvenes en presencia de viejos como si estos no pudieran oírlas. No estaba superada por la pena, aunque esta la hubiera acompañado durante décadas, siendo para ella una compañera inseparable. No. Ni tampoco se trataba del hecho cierto de que esta fuera su última visita... En cualquier caso, tuvo que respirar hondo para recuperar el aliento, y le temblaron las manos. Lo que sucedía era que tenía miedo de haberlo pospuesto demasiado, de que ya fuera tarde. La casa ya era un auténtico caos de cambios y mudanzas.

—Querida, ¿seguro que te encuentras bien? —Isabella la sujetó por el codo, proporcionándole al menos un apoyo para que se sostuviera.

Desde que tenía memoria, siempre había visto encima de la chimenea un retrato del benefactor de Fowles, lord Craven. Ahora había desaparecido.

—Ese viaje ha sido demasiado para ti. —Isabella lo dijo en voz alta y con buena dicción, al tiempo que le deshacía el nudo de la cinta que sujetaba el sombrero bajo la barbilla—. Una distancia tan larga, y con un tiempo tan frío... —Le quitó el sombrero. Desde donde estaba, pudo observar el estudio, cuyas estanterías estaban vacías. ¿Dónde estaban los libros? Allí había antes una colección completa de los libros de Jane. ¿Quién los tenía ahora?

—Y ha venido sola. No puedo evitar mencionarlo. —Dinah estaba tras ella, desabrochándole el abrigo.

Los muebles que aún estaban en su sitio tenían un aspecto abyecto, humillado, como el de esclavos en un mercado.

—¿Se habrá despedido su criada?

—Lo que plantea la pregunta de quién la va a atender. —Dinah terminó de quitarle el abrigo y se lo colgó del brazo—. Seguro que yo, y sin ayuda de nadie más.

Una vicaría sin vicario era de por sí un lugar digno de lástima. Cassandra ya había visto otras así, muchas más de las que la gente creía, pero todavía le afectaba mucho. Los Fowle habían vivido en la casa durante tres generaciones. Había pasado de padre a hijo, y todos ellos habían sido buenos clérigos, bendecidos con buenas esposas; pero ahora la cadena se había roto. El padre de Isabella había muerto, y ninguno de sus hermanos había aceptado continuar con la tradición. Sin duda tendrían sus razones para despilfarrar esa herencia familiar, aunque esperaba sinceramente que dichas razones fueran buenas.

La tradición eclesiástica concedía a la viuda y demás miembros de la familia hasta dos meses para abandonar la casa antes de dejársela al nuevo titular. Y, aunque no había nada escrito, esa misma tradición parecía poner siempre en manos de las mujeres el encargarse de la transición. Pobre Isabella. La tarea que tenía por delante era ardua y muy penosa: ¡dos meses para desocupar la casa e irse de un lugar que había sido el hogar de su familia los noventa y nueve anteriores! Y, además, empezar en otra parte, todo al mismo tiempo. Sin embargo, el reverendo Fulwar Craven Fowle había muerto ya hacía unas semanas. Cassandra había acudido lo más pronto que había podido. Le sorprendía mucho ver que el trabajo estaba mucho más avanzado de lo que se había podido imaginar.

¡Pensar que ese viaje tan agotador, tan incómodo, tan vergonzosamente caro, pudiera no haber servido de nada! ¡Pensar que lo que había venido a buscar podría haber volado ya!

Cassandra se sintió mareada. Con mucha amabilidad, Isabella le arregló el cabello con delicadeza, pues debía de haberse despeinado con el viaje, y la acompañó por el pasillo.

La sala de estar de Kintbury era de una belleza muy sencilla: un cubo perfecto con las paredes pintadas de amarillo que captaban

y mantenían la luz del sol del atardecer. Todas las ventanas, las de un lado y las del otro, miraban al agua: se podía ver tanto a los pescadores del río como a las barcazas que se deslizaban por el canal hacia el este o el oeste. Era uno de los sitios favoritos de Cassandra. Bálsamo para su alma. Pero esa tarde entró en él muy nerviosa y consumida por el temor a lo que se podría encontrar.

Pero no tenía que haberse preocupado. Nada más entrar y poner un pie en la alfombra tejida a mano, se sintió a salvo. La atmósfera de la habitación derrochaba calma y tranquilidad. El aire parecía puro y tranquilo. Y todos los muebles estaban donde siempre habían estado. ¡Así que no había llegado tarde, después de todo! Las rodillas casi le fallan de puro alivio. Se volvió hacia Isabella, recuperando al mismo tiempo la voz y la autoridad.

—Y ahora estaría bien que pudiera recuperarme un poco del viaje antes de cenar.

Cassandra siempre había notado que cuando el hombre de la casa fallecía, las buenas cenas se iban con él. Y la cena de esa tarde fue una prueba más de la certeza de su hipótesis. El cordero era solo eso, cordero a secas, sin salsa, ni patatas, ni puré, solo acompañado de un triste repollo que seguramente habían cortado hacía días. Sonrió al recordar las magníficas comidas de las que había disfrutado en ese mismo sitio y compararlas con esa. El padre de Isabella siempre había sido un hombre exigente y de reacciones poco controladas. Si Dinah se hubiera atrevido alguna vez a servirle semejante plato, le habría dejado bien claro que no le gustaba.

Pero a la mesa había dos damas que, muy educadamente, dieron gracias al Señor por los alimentos que iban a recibir, cortaron el cordero con cierto esfuerzo y lo masticaron con

determinación canina. Sus esfuerzos al masticar solo se vieron acompañados por el tictac del reloj, bastante sonoro por cierto. El silencio en esta mesa era otra incómoda innovación. Le resultó más difícil soportarlo que la propia comida.

—Veo por las etiquetas que tienes muy avanzada la clasificación de todos los efectos. —Cassandra miró el decantador, que era la primera vez que veía vacío. Inclinó un poco la cabeza y leyó que el señor Charles Fowle lo había reclamado. Seguro que en su futuro próximo se usaría mucho más.

—La semana pasada se leyó el testamento, y mis hermanos pudieron ya tomar sus decisiones. —Isabella no mostró la más mínima emoción al pronunciar tales palabras, aunque con la vista fija en el plato.

No obstante, Cassandra no dejó el asunto.

—¿Y tus hermanos se van a quedar con todos los objetos del ajuar? —inquirió, al tiempo que se daba cuenta del tono, inquisitivo y afilado, que había empleado y que lamentó de inmediato. Sabía que a veces era demasiado cortante, y a partir de ese momento decidió ser más comedida. En cualquier caso, el asunto que tenía entre manos era muy problemático. Los Fowle eran muy parecidos a los Austen en muchos aspectos: ambos familias numerosas, con varios hijos y con una cierta holgura económica que, sin embargo, solo parecía continuar ligada a la línea masculina de ambas familias.

—Mi padre le dejó algunas novelas a mi hermana Elizabeth. —Isabella hizo un gesto en dirección a la estantería que tenía una balda vacía y polvorienta—. Algunas de las favoritas de ambos, y que leían juntos.

A Cassandra se le iluminó el rostro.

—¡Ah! —Por fin habían llegado a su tema de conversación favorito—. ¿Y de quién eran? —preguntó con avidez.

—¿Qué de quién eran? —A Isabella pareció sorprenderle la pregunta, como si los libros solo fueran libros y sus autores no tuvieran relevancia—. Pues... de *sir* Walter Scott, creo.

Cassandra apretó el tenedor con los dedos y reprimió una exclamación. *Sir* Walter Scott. ¡*Sir* Walter Scott! ¿Por qué siempre tenía que ser él? Qué ganas tenía de reaccionar sin tener que mantener las formas a aquella información, aunque solo fuera por una vez. Sin embargo, permaneció callada y sentada, lamentándose para sus adentros de las injusticias de la fama, del trabajo a veces ignoto de los genios verdaderos y anónimos, del hecho de que nunca había tenido una relación de cariño con Elizabeth, la hermana de Isabella. Esto último se le ocurrió de forma espontánea. Pero en ese momento sus reflexiones se interrumpieron bruscamente. ¿Cómo podía ser? Isabella por fin había encontrado algo que decir que no fuera una respuesta.

—Tengo la opinión de que sus libros son muy... —Se produjo una pausa mientras trataba de encontrar la palabra adecuada—... muy... muy... —Y entonces, casi milagrosamente, encontró el término que buscaba—... largos. —Se tomó un nuevo respiro antes de continuar. Una vez visitado el territorio de la discusión literaria, al parecer se sintió obligada a seguir explorándolo—. En ellos hay muchas palabras, incluso diría que muchísimas —continuó con cierta acidez—. Creo que hacen que sus lectores empleen demasiado tiempo en ellos.

Lo cierto era que estaba acostumbrada a un nivel de análisis con algo más de nivel, pero en este caso concreto no podía estar más de acuerdo. En otro foro seguramente habría argumentado que era un buen poeta, y bromeado con que su trabajo de crítico literario era de alta calidad, pero le pareció que tal vez no fuera este el foro más adecuado.

—¿Y qué me dices de ti, Isabella? ¿Te gustan las novelas? ¿Cuáles son tus favoritas?

—¿Novelas yo? —La mujer volvía a estar desconcertada—. ¿Mis favoritas? No, ninguna, de hecho.

El debate había terminado. Cassandra se rindió. Dinah entró de nuevo y sirvió una compota que ambas comieron en un silencio solo roto por el sonido del reloj.

—Ponte en el sitio de madre —ofreció Isabella al terminar la cena. Cassandra aceptó de inmediato, dado que aquella butaca era la más cercana al fuego.

Ante ellas se cernía la velada nocturna en la sala de estar, el último desafío de un día ya de por sí bastante desafiante. *Príamo* entró con sus andares arrastrados y se tendió sobre la alfombra. Siempre había sido una de esas casas en las que los perros gozaban de libertad absoluta. A Cassandra no le molestaba este perro en particular, pero en general no aprobaba la práctica. Buscó entre sus pies, alzó la pequeña maleta y sacó su labor. ¡Qué útil resultaba manipular la aguja y mantener la mirada fija en ella! En las situaciones difíciles era como una armadura, una forma de bordear la incomodidad de una compañía complicada. A veces se preguntaba cómo se las arreglaban los hombres, que no disponían de nada parecido. Aunque ellos no parecían sentirse atascados tan a menudo por las conversaciones incómodas o inexistentes.

Solo se había llevado la labor de retacería. A esas alturas, con una luz escasa como la de la habitación, no tenía los ojos para tareas de mayor finura.

—¿No tienes labor, querida Isabella? —Colocó el papel del patrón y empezó a coser—. ¿No te entretienes con nada?

La aludida miró al fuego mientras contestaba, negando con la cabeza.

—Nunca se me ha dado bien coser.

Cassandra, que podía hacer ese tipo de labor de una forma mecánica, la miró algo sorprendida. Qué mujer tan extraña era su interlocutora. La conocía desde que nació —¡qué deprisa pasaban los años!—, aunque en realidad no sabía prácticamente nada de ella. Miró con curiosidad a la mujer que tenía delante: era de figura pulcra y nítida, aunque ahora dicha figura estaba algo ensombrecida por el luto; se podía decir que tenía rasgos delicados, y que la pena no le había robado la gracia. No tenía ni la belleza de su madre ni la inteligencia de su padre, aunque esos intensos ojos azules eran sin duda los de él. Y, después de más de cuarenta años de amistad, o algo así, seguía sin conocer su personalidad. Por supuesto, no podría quedarse en la vicaría si no se llevaban bien, aunque en realidad parecía como si permaneciera en la oscuridad y hubiera que buscar una especie de puerta secreta a la que asomarse para verla bien. Era muy difícil encontrar una entrada.

Y de repente tuvo una inspiración.

—Espero que la muerte fuera amable con tu padre cuando por fin le alcanzó.

Porque, ¿de qué otra cosa iba a querer hablar sino del final...?

Isabella suspiró.

—Unos diez días antes, estuvo claro que había llegado el final. Tuvo un ataque después de la cena, y cuando llegó Dinah a la mañana siguiente estaba demasiado débil para levantarse...

Por fin se había abierto el cerrojo. La puerta de la conversación estaba abierta.

—El dolor que le afligía, al que se había enfrentado con tanta bravura, finalmente se...

Escuchó las explicaciones sobre los baños de agua helada, cataplasmas y demás, y empezó a sentirse de verdad como en casa.

—Al cabo de cinco días estaba tan débil que nos resignamos a llamar al doctor...

—¿No se consultó antes al médico? —¡Menuda negligencia!

Isabella volvió a suspirar.

—El doctor Lidderdale es un buen profesional, y es una suerte tenerlo. Todo el mundo le quiere... todos excepto padre, quiero decir. Mi padre no aprobaba ni siquiera el hecho de que en el pueblo hubiera un médico. Temía que promoviera la enfermedad, o su sensación, entre aquellos que no podían permitirse ponerse enfermos. Pero llegado el momento, pese a sus objeciones...

Cassandra pensó que el hecho de darse cuenta de que se moría debió de ser un verdadero tormento para el bueno del reverendo: yacer casi mudo y que nadie tuviera en cuenta sus irascibles demandas. Inusitado para él.

—... y, por supuesto, agradecí muchísimo la presencia del señor Lidderdale. ¡Qué alivio no volver a estar sola!

—Pero ¿y tus hermanas, Isabella? —interrumpió Cassandra—. ¿Es que no se turnaron contigo?

—Pues... Elizabeth está muy ocupada ahora debido a su trabajo con los niños del pueblo. No la vemos mucho por aquí.

Elizabeth... en realidad, no esperaba nada bueno de ella.

—Pero ¿y Mary Jane? Vive justo al lado del jardín de la iglesia.

—Mary Jane tiene que ocuparse de su propio hogar.

«¡Ah, la tiranía de la mujer casada!», pensó Cassandra. Aunque en ese caso se trataba en realidad de una viuda sin hijos.

—Entonces deberían estarte muy agradecidas las dos por haber llevado la carga de la enfermedad sin ayuda.

—No me importó —dijo Isabella encogiéndose de hombros—. Una vez que el doctor empezó a ayudar, no me importó en absoluto. La verdad es que la situación resulta difícil de manejar, es decir, saber que alguien va a morir sin remedio, pero no tener ni idea de cuándo. El doctor Lidderdale dice que en ese aspecto las muertes y los nacimientos son parecidos.

Cassandra tenía mucha experiencia en ambos aspectos, y sabía bien las dificultades que entrañaban. Se había quedado sin hilo y sacó una nueva bobina.

—... y entonces, justo antes del final, dijo que tenía hambre, y recuerdo que teníamos una buena empanada de cerdo recién hecha. Le gusta la empanada de cerdo. ¡Y esta tenía un huevo en medio! El caso es que también le gusta mucho que lleve un huevo...

—¿Fulwar pidió empanada de cerdo en su lecho de muerte? —Cassandra enhebró la aguja y negó con la cabeza: desde luego, había sido un hombre legendario.

—¡Mi padre no! El señor Lidderdale. El señor Lidderdale siempre tiene hambre, incluso más que padre. No es alto, pero sí ancho de hombros, y trabaja muchísimo. —Desvió la vista del fuego por un momento—. Me estoy perdiendo, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Bueno, pues ahí estábamos, cada uno a un lado de la cama. No era capaz de decidir si quería té o cerveza. Estábamos hablando de ello. Las comidas son un asunto difícil, sobre todo si una se pasa las noches en vela. De repente, el doctor le agarró la mano a mi padre y dijo: «¡Oh, Isabella!». Esas fueron sus palabras, «Oh, Isabella». Y supe que ya estaba. Se había ido. Nunca más volvería a estar sentada a su lado.

Ya había oído hablar de lo afligida que había estado Isabella por la muerte de Fulwar. Según la familia, llevó bien la enfermedad, pero se derrumbó tras el fallecimiento. Incluso después

del funeral tuvo que guardar cama. Aún a estas alturas seguía llorando, aunque su actitud le sorprendió un tanto. Por supuesto, se debía lamentar la muerte de un padre, era el deber de los hijos. Pero ¿de verdad todos merecían que se los echara tanto de menos?

Empezó a guardar la labor. La recién descubierta locuacidad de Isabella había acabado con la velada. Por fin habían llegado a una hora a la que se podía retirar sin causar mal efecto.

Isabella la precedió por la escalera de roble, llevando la lámpara para iluminar el camino. Cassandra subió despacio, atacando los escalones de uno en uno. Tuvo que detenerse en el descansillo central para recobrar el aliento y refrescarse gracias al viento del norte que se filtraba por los resquicios de la ventana. Estar en una casa tan grande, mucho más que su pequeño chalecito de Chawton, iba a ser toda una prueba. Ojala que sus progresos fueran rápidos para no tener que pasar aquí demasiado tiempo.

Avanzaron por el pasillo. La puerta del dormitorio de la madre de Isabella estaba entreabierta, y pudo captar lo suficiente del interior como para darse cuenta de que todavía no la habían vaciado. ¡Buena y prometedora señal! Sobrepasaron la que pensaba que aún era la habitación de Tom, ¡qué alivio que no la hubieran acomodado en ella!, y por fin llegaron al extremo. Cassandra conocía esa habitación. Durante muchos años había sido el único hogar de la señorita Murden, esa carga siesa y capciosa para la familia. «Todo lo que hay en esta habitación va al hospicio», rezaba un cartel colgado en la puerta. En ese momento, cualquier expectativa que hubiera podido tener de sentirse cómoda en aquella casa se fue al traste.

Isabella la invitó a entrar, encendió la lámpara de la mesilla y le deseó buenas noches. Cassandra asimiló el mensaje que implicaba el hecho de que la hubieran alojado precisamente en

esa habitación. Era fría, estaba poco ventilada y el mobiliario con que contaba era más bien escaso y básico. Había agua en el lavamanos, pero demasiado fría. Pasó una mano por la manta de la cama: no había ningún ladrillo caliente ni bolsa de agua para calentarla. «Bueno, pues así estamos», pensó. Ahora la carga soy yo.

El baúl seguía cerrado, pero no iba a vaciarlo. El mejor momento siempre es el presente, así que comenzaría la búsqueda de las cartas. Volvió a la puerta, esperó a que dejaran de oírse pasos y a que se hiciera el silencio en toda la casa, abrió la puerta y salió al pasillo. Avanzó entre las sombras en dirección a la habitación de la madre de Isabella. Casi había llegado al umbral cuando oyó una voz detrás de ella.

—¿Puedo ayudarla, señorita Austen? —Dinah, con una luz baja que provenía de una vela casi extinta, se encontraba de pie frente a las escaleras del ático—. Parece que nos hemos perdido, ¿no es así?

—¡Vaya, Dinah, cuánto lo siento! —Cassandra empezó a interpretar una escena de confusión mental—. ¡Qué raro! No recuerdo por qué estoy aquí.

—Es el cansancio, estoy segura. Será mejor que se vaya a la cama. Es por allí —dijo, observándola sin sonreír—. Ya ha llegado. Así que buenas noches, señorita Austen. —Siguió sin moverse hasta que la anciana cerró la puerta de su habitación.